

sino también las deplorables consecuencias que para los Griegos tuvo; además, la necesidad de poner de manifiesto las insuficientes fuerzas de los demás héroes suministraba ocasión al poeta para pasar, por decirlo así, revista á sus imponentes figuras. En la disposición de esta parte preparatoria, y en la manera cómo la enlaza con la catástrofe principal, es donde el poeta demuestra, especialmente, que conoce los secretos íntimos de la composición poética; así como el arte con que sabe retardar el desenlace y velar el plan del poema <sup>1)</sup>, acusa una madurez de ingenio poético que admira y confunde, si se tiene en cuenta la remota época en que la obra fué compuesta. Después de haber vencido numerosos obstáculos, el poeta, en realidad, no persigue más que un fin: el de aumentar continuamente las calamidades que afligen á los Griegos por la injuria inferida á Aquiles; así es que desde el principio (*Iliada* 1, 503 y ss.) pone en boca de Zeus el anuncio de la venganza y glorificación del hijo de Thétis. Es evidente también, que al mismo tiempo trata de inculcar en el alma del auditorio, el deseo, siempre creciente, no sólo de ver á los Griegos salvados de una ruina completa, sino también de ver humillados el intolerable rencor y la indomable soberbia de Aquiles. El poeta logra ambos fines con el cumplimiento del *secreto designio de Zeus*, que el dios sólo confía á Hera, ya mediado el poema <sup>2)</sup> y que oculta á Thétis y á su hijo Aquiles, quien de seguro habría olvidado su inquina contra los Aquéos, si lo hubiera conocido. Estimulado luego por la pérdida de su mejor amigo, al cual había enviado á combatir *en interés de su propia gloria* <sup>3)</sup> y no por salvar á los Grie-

<sup>1)</sup> [Al intentar exponer un plan de la *Iliada*, debe tenerse principalmente en cuenta el pasaje 2, 40. Véase además lo que O. Müller en su artículo sobre la obra de K. Lachmann, *Vorlesung über die ersten zehn Bücher der Ilias*, Berlin, 1838, dice en contra de la teoría expuesta por este autor sobre los cantos. *Kl. Schriften*, vol. 1, p. 560 y ss.]

<sup>2)</sup> Thétis no había dicho nada á Aquiles de la muerte de Patroclo (*Iliada* 17, 411), porque ella misma la ignoraba (*Iliada* 18, 63). Zeus oculta de igual suerte sus propósitos á Hera y á los demás dioses, no obstante el pesar que á estos producen las derrotas de los Aquéos; tampoco los revela á Hera sino después de su sueño en el monte Ida (*Iliada* 15, 65). Los antiguos reputaron apócrifos los versos (*Iliada* 8, 475-476) pero sin hacer mención alguna del argumento de más peso que alegaban en contra de su autenticidad. Véase *Schol. Venet. A.*

<sup>3)</sup> Homero no desea que la aparición de Patroclo sea considerada como prueba de que Aquiles comienza á deponer su ira, porque en aquel mismo instante expresa este héroe el deseo de que ni un solo griego se libre de la muer-

gos, deponer de repente su hostilidad contra éstos, sintiéndose animado por pasiones completamente contrarias. De este modo, la glorificación del hijo de Thétis va unida con la acción casi imperceptible del destino que los Griegos creían ver en todas las cosas humanas.

Todo esto basta para probar que la glorificación de Aquiles, ante quien deben inclinarse todos los demás héroes griegos, y que es el único capaz de vencer á los Troyanos, no es el fin exclusivo y último que se propone el autor de la *Iliada*. En general, la poesía griega no se ha mostrado nunca muy propicia á las apoteosis de un solo individuo, aunque éste fuera el más grande de los héroes. Aparte esto, hay en el carácter de Aquiles rasgos que no permiten suponer que el poeta haya querido hacerle único objeto de toda nuestra simpatía, pues que presenta al héroe, inmoderado, ardiendo en deseos de alcanzar lo sobrenatural y sobrehumano, pasando de repente de un extremo de una pasión al extremo opuesto, cambiando el inexorable odio que profesaba á los Griegos, por el dolor desesperado que le causa la muerte de Patroclo, y este dolor, por una cólera ciega contra Héctor; y, sin embargo, no puede negarse que Aquiles es el primer carácter de la *Iliada*, el más grande y el más sublime; hay, independientemente de su valor heroico que eclipsa el de los otros héroes, algo de divino en la elevación de su alma. Cuando se recuerda la melancolía que, á pesar de su indomable valor se apodera de Héctor, y que no le deja y le acompaña á la pelea como sombrío presagio de su adversa suerte, ¡qué grande y elevada parece el alma de Aquiles, quien conociendo la prematura muerte que le aguarda, sabiendo que ha de morir cuando Héctor muera <sup>1)</sup>, ni un solo instante vacila antes de dar comienzo al combate, ni nada viene á alterar su calma después de la lucha! En los funerales y en su entrevista con Priamo, escena sin rival en toda la poesía antigua, es donde, sobre todo, aparece Aquiles en toda su grandeza: el odio de raza, la ambición personal, todas las pasiones bárbaras, en fin, ceden el puesto, lo mismo en los héroes que en el auditorio, á los sentimientos más dulces y más humanos. El proceso de purificación por el cual va pasando gradualmente el carácter de Aquiles y que

te, y de que únicamente ellos dos, Aquiles y Patroclo, escalen los muros de Troya (*Iliada* 16, 97).

<sup>1)</sup> *Iliada* 18, 95. 19, 417.



limpia de toda mancha la parte divina de su naturaleza, es lo que constituye el pensamiento dominante del poema; y la manera cómo este proceso se comunica á la mente del auditorio, dominado por el interés del asunto, hace de la *Iliada* uno de los cantos más hermosos y más perfectos que jamás produjo ingenio poético alguno.

Suprimir una parte esencial de este conjunto de hechos, de circunstancias y de sentimientos diversos, por considerarla innecesaria, equivaldría á separar los miembros de un organismo vivo, cuyos miembros perderían, así como el cuerpo todo, su vitalidad propia; esto es: que así como la vida no reside en una sola parte del cuerpo, sino en el conjunto de ciertos sistemas y miembros, así también la unidad de la *Iliada* estriba en la combinación de ciertas partes. Ni la importante introducción que describe las derrotas de los Griegos hasta el incendio de la nave de Protesilao, ni el cambio en los acontecimientos ocasionado por la muerte de Patroclo, ni el aplacamiento de la cólera de Aquiles, ninguna de estas circunstancias, en fin, podía omitirse, una vez que el germen productor de tal poema había arraigado y comenzado á desarrollarse en el alma de Homero. No puede, sin embargo, negarse que la *Iliada*, en su forma actual, rebasa los límites del plan primitivo, y que la introducción, sobre todo, que refiere las tentativas de los otros héroes para reemplazar á Aquiles reparando los daños que á los Griegos ocasionaba la ausencia del héroe, es demasiado larga. Ahora bien; la hipótesis de que han sido posteriormente intercalados en la *Iliada* pasajes importantes, puede aplicarse con más probabilidades de acierto á los primeros libros, que á los últimos, en los cuales, no obstante, han creído encontrar más vestigios de interpolaciones algunos críticos modernos. Dos causas principales parecen haber determinado esta extensión excesiva—séanos lícito llevar tan lejos las hipótesis—ejerciendo poderosísimo influjo en el ánimo de Homero, y más aún en el de sus sucesores los Homéridas. En primer lugar, es evidente que de antiguo dominó la idea de completar la obra, dando cabida en ella á todos los acontecimientos y descripciones que solo podían tener interés en un poema que tratase de *toda la guerra*. Es muy probable además que á este fin fueran utilizados muchos cantos antiguos cuyos asuntos fuesen diversos episodios aislados de la guerra de Troya y cuyos más hermosos pasajes fueran trasladados al nuevo poema; puesto que allí donde la poesía

popular se propaga por la tradición oral, las mejores ideas de los poetas del pasado son consideradas como patrimonio común, y se las da una vida nueva, fundiéndolas con otros nuevos materiales <sup>1)</sup>.

Aunque, merced á este procedimiento, se han deslizado en el poema elementos que no parecen estar muy de acuerdo con su asunto principal, y que encajaban, sin duda, mejor en un relato más antiguo de la guerra de Troya; y aunque por este medio un poema sobre la *ira de Aquiles* se ha convertido en una *Iliada*, como con razón se le llama, fuerza es convenir en que esta transformación se justifica plenamente considerando la manera cómo, siguiendo sin duda las tradiciones en su época predominantes, ha comprendido y presentado el poeta la situación respectiva de las naciones beligerantes, así como su sistema de hacer la guerra, hasta la separación de Aquiles del resto del ejército. Aunque las tradiciones hubieran ido poco á poco empobreciéndose desde los tiempos de Homero, los acontecimientos principales vivían aún en la memoria de los poetas cíclicos y de los posteriores, los cuales nos dicen que desde el momento en que los Griegos desembarcan, y en que Héctor, muerto Protesilao, es puesto en fuga por Aquiles, hasta el instante en que este héroe se aleja del combate, los Troyanos no hacen tentativa alguna para expulsar á los Griegos de su territorio. Estos últimos, mientras que Troya oponía á sus ataques fuerte resistencia, mandados por Aquiles, asolaron las ciudades é islas vecinas, entre las cuales Homero menciona especialmente á Pedaso, ciudad de los Lélegos, la ciliciana Tebas, al pie del monte Placo, la vecina ciudad de Lirneso y las islas de Lesbos y de Ténedos <sup>2)</sup>. La idea que el poeta se formaba del es-

<sup>1)</sup> (Esta acertada observación no es sólo aplicable á la poesía popular sino que también lo es, en cierto modo, á la literatura griega. Impera en ella entre las diversas obras del mismo género, una relación de dependencia tal, que en ocasiones, se manifiesta, en la transcripción pura y simple de partes enteras de obras anteriores. Esto se designaba con el término especial de *παρὰποιήσις*, que significa algo más que mera imitación. Así se explican las acusaciones de plagio tan frecuentes en la antigüedad y á que ni siquiera se han sustraído, por ejemplo, ni los mismos Diálogos de Platon.)

<sup>2)</sup> El por qué los Troyanos no atacaron á los Griegos mientras que Aquiles estaba ocupado en sus expediciones marítimas, solo puede contestarse con la historia y no con la tradición legendaria. No es menos extraño que Homero no conozca á ningún héroe aqueo que hubiera muerto en la batalla con los Troyanos después de Protesilao y antes de comenzar los acontecimientos narrados en



tado de la lucha en el momento á que aludimos, se revela claramente en diversos pasajes. Los Troyanos, por ejemplo, no se aventuraban á salir de detrás de los muros de la ciudad, mientras que Aquiles tomase una parte activa en la guerra, y aun cuando Héctor ardía en deseos de intentar una salida, conteníanle el temor general y la pusilanimidad de los ancianos <sup>1)</sup>. Esta idea que indudablemente tenía el poeta del aspecto de la guerra, explica perfectamente el por qué dió cabida en la *Iliada* á acontecimientos que deberían más bien colocarse en los comienzos del sitio. Así, por consejo de Nestor, los Griegos se forman por pueblos y por fratrías, lo que da al poeta pretexto para enumerar las diversas tribus y para insertar el catálogo de las naves, contenido en el segundo libro, todo lo cual nos da á conocer la organización general del ejército; mientras que Helena y Priamo, contemplando á los Griegos desde lo alto de los muros de Troya en el libro tercero, y Agamemnon pasando revista á las tropas en el cuarto, nos dan noticia del carácter individual de cada uno de los principales héroes. Al llegar á este punto, el poeta hace surgir en la mente de los Griegos y de los Troyanos una idea que habría debido ocurrírseles en los nueve primeros años de la lucha; no cuando los Griegos, dirigidos por Aquiles, y confiados en su superioridad, habían de mirar los tratados como indignos de ellos: me refiero á la idea de que decidiera del resultado de la guerra, un combate singular entre los dos personajes que habían sido sus promovedores; proyecto que no se llevó á cabo, gracias á la cobarde fuga de Paris y á la deslealtad de Pandaro. Más tarde, cuando después de su primer encuentro con los Troyanos, se convencen de que éstos son bastante fuertes para hacerles frente en campo abierto, los Griegos levantan un muro de defensa delante de sus naves; y el olvido en que en esta ocasión incurren de hacer sacrificios en honor de los dioses, es una razón que se aduce para que el éxito no corone sus intentos. Este pasaje pareció ya á Tucídides tan poco conciliable con la probabilidad histórica, que, sin dar crédito al testimonio de Homero, colocó

la *Iliada*. Véase especialmente la *Odisea* 3, 105-106. Tampoco menciona ningún héroe troyano muerto en el combate. Eneas y Licaon son sorprendidos en ocupaciones pacíficas (*Iliada* 21, 34) y lo mismo puede suponerse respecto de Nestor y de Troilo, *Iliada* 24, 257.

<sup>1)</sup> *Iliada* 5, 788. 9, 352. 15, 721.

este acontecimiento inmediatamente después del desembarco <sup>1)</sup>. La tendencia á comprenderlo todo en los límites del poema, se revela también en el hecho de que muchos detalles en él contenidos, son evidentemente imitación de otros por completo ajenos al asunto de la *Iliada*. La herida en el talón <sup>2)</sup>, por ejemplo, que Paris infiere á Diómedes, está tomada de la relación de la muerte de Aquiles, que á su vez proporciona las líneas generales de los últimos momentos de Patroclo, puesto que una divinidad y un mortal, son, en uno y otro caso, los que ejecutan los fallos del Destino <sup>3)</sup>.

La segunda causa que ha influido en la desmesurada extensión de la introducción á la *Iliada*, la cual retarda indefinidamente la acción principal, hemos de buscarla en la lucha que en el alma del poeta libraban el plan de su obra y su patriotismo. Al leer detenidamente el poema, salta á primera vista que, queriendo hacer resaltar los desastres y las calamidades que los Griegos sufrieron por efecto del retraimiento de Aquiles, el autor, se ve, por decirlo así, detenido en su marcha hacia este fin, por el deseo muy natural de vengar la muerte de cada griego, con la de un troyano más ilustre y de avalorar la gloria de los numerosos héroes aqueos, haciendo perecer á mayor número de Troyanos aún en las batallas en que los Griegos eran vencidos. Aunque admitiéramos que, viviendo entre los descendientes de los héroes aqueos, tuvo á su disposición más tradiciones sobre las hazañas de éstos que sobre las de los héroes troyanos, hay otra razón que explica muy á las claras la marcada preferencia que siempre otorga á las tradiciones aqueas: aludo al propósito manifiesto

<sup>1)</sup> Tucídides 1, 11. La tentativa del escoliasta de resolver la dificultad, suponiendo la existencia de una muralla grande y de otra pequeña, es perfectamente pueril. [Con razón observa Sauppe, que Tucídides no tomó las noticias que nos comunica, de Homero; pues también dice que los Aqueos cultivaron el campo delante de Troya, de lo cual no habla Homero. Parece, sin embargo, más razonable el juicio de Aristóteles, que consideraba las fortificaciones pura invención poética. Véase en Estrabon 13, p. 598 y en Eustacio sobre la *Iliada* 7, 440. La opinión de O. Müller ha sido combatida por Grote, *Gesch. Griech.*, vol. 2, p. 252 nota, y por L. Friedländer en su *Homerische Kritik von Wolf bis Grote*, Berlin, 1853, los cuales consideran la *Iliada* como una Aquileida extensa.]

<sup>2)</sup> *Iliada* 11, 377.

<sup>3)</sup> *Iliada* 19, 417. 22, 359. Era destino de Aquiles: θεῶν τε καὶ ἀνέρι ἱεὶ δαμῆναι.



del poeta de dar á su obra un carácter nacional. En efecto, es demasiado breve el relato de la batalla del segundo día, en el libro octavo, donde los hechos, bajo la inspección de Zeus, van por camino recto, y en el cual el poeta se ve obligado á confesar la derrota de los Griegos, que por otra parte compensa con las grandes pérdidas que hace sufrir á los Troyanos, si se la compara con la del primer día, en que prescindiendo de toda otra cosa, refiere minuciosamente las hazañas de Diómedes, narración larguísima que ocupa cinco libros, desde el segundo al sétimo, y en la cual Zeus aparece como habiendo olvidado por completo su determinación y la promesa que á Thétis había hecho. Las hazañas de Diómedes <sup>1)</sup> guardan estrecha relación, es verdad, con la violación del armisticio, puesto que la muerte de Pandaro, necesaria é inevitable como justo castigo de su traición, es obra de Thétis <sup>2)</sup>; pero el poeta aumenta considerablemente esta relación, con los combates con los dioses, que caracterizan el mito de Diómedes <sup>3)</sup>. Resultan, sobre todo en esta parte del poema, ligeras contradicciones entre ciertos pasajes, y á veces también interrupciones en el hilo de la narración. Tales son, entre otras, las opiniones contradictorias emitidas por Diómedes y por su consejera Athene, sobre si es ó no lícito luchar con los dioses <sup>4)</sup>, y la contradicción, que ya los antiguos habían notado, respecto de la coraza de Diómedes <sup>5)</sup> la cual, después de todo, se explica fácil-

<sup>1)</sup> Διομήδους ἀριστεία.

<sup>2)</sup> *Iliada* 5, 290. Homero no hace en esta ocasión, la observación que es de esperar, sino que siguiendo su costumbre hace derivar el efecto moral del simple encadenamiento de los hechos, sin indicación alguna de su parte.

<sup>3)</sup> Diómedes, según la tradición argiva sobre Palas, estaba estrechamente unido á esta divinidad, era su escudero y el protector del Paladium. Por esta razón Homero le presenta más en contacto que á los demás héroes, con los dioses olímpicos. Palas dirige su carro y le da valor para hacer frente en el combate á Ares, á Aphrodite y al mismo Apolo. Es digno, sobre todo, de tenerse en cuenta que Diómedes no lucha nunca con Héctor, sino con Ares que hace á Héctor victorioso.

<sup>4)</sup> *Iliada* 5, 130, 434, 827. 6, 128. [Nitzhorn en su *Entstehungsweise der Homerischen Gedichte*, Leipzig, 1869, p. 198 observa lo siguiente: «Ciertamente que en la *Iliada* 5, 130 exhorta Athene á Diómedes, á no luchar con sus solas fuerzas, con ninguna otra deidad más que con Aphrodite y cuando Diómedes V. 434, olvida un momento esta advertencia con respecto á Apolo, se arrepiente muy luego V. 443, y en el V. 827 no lucha por sí solo; Athene le presta su auxilio, y con su brazo vigoroso da dirección á la espada del héroe y acrecienta la fuerza del golpe.»]

<sup>5)</sup> *Iliada* 6, 230. 8, 194. La contradicción referente á Pilemenes, desapare-

mente admitiendo que la escena entre Diómedes y Glauco fué interpolada por un homérída de Chíos, en honor tal vez, de algún descendiente de Glauco <sup>1)</sup>. Por lo que hace á las escenas nocturnas del libro décimo <sup>2)</sup>, háse conservado un texto, según el cual formaban, en un principio, un poema aparte que Pisistrato hizo agregar á la *Iliada* <sup>3)</sup>. Fúndase esta aseveración, en el hecho de que ni en los libros anteriores ni en los posteriores á éste, se encuentra alusión alguna á los hechos que menciona, ni una sola palabra que recuerde la llegada de Reso al campamento troyano, ni el robo de sus caballos por Ulises y por Diómedes; de modo que podría omitirse este libro entero sin que en el poema quedase un vacío sensible. Es, sin embargo, claro, que dicho libro décimo fué compuesto expresamente para ocupar el lugar en que se halla colocado, para completar las aventuras del resto de aquella noche, y para añadir una nueva proeza á las de los héroes griegos; puesto que ni por sí solo era una obra completa, ni podía formar parte de ningún otro poema.

La naturaleza del asunto explica perfectamente por qué la primera parte de la *Iliada* hasta el combate de las naves, tiene, en comparación con el resto del poema, un carácter más alegre, mientras que la segunda mitad del mismo lleva un sello grave y trágico que se revela hasta en las expresiones en ella empleadas. Los malos tratamientos que sufre Tersites, la cobarde huida de Paris, que se refugia en los brazos de Helena, la necia credulidad de Pandaro, los clamores de Ares y las lágrimas de Aphrodite, herida por Diómedes, son, en los primeros libros de la *Iliada*, otros tantos episodios alegres y divertidos que en vano se buscarían en los últimos. La fisonomía del antiguo aeda, de alegre expresión al principio, y que á veces se ve animada por una sonri-

ce, si suprimimos el verso 579 del libro 5.º y conservamos el 658 del 13. [Aristófanes de Bizancio, quiso, por el contrario, suprimir los versos 658 y 659 del 13.] De escasisima importancia es, en mi concepto, el olvido de enviar un mensaje á Aquiles, que suele echarse en cara á Patroclo, *Iliada* 11, 839. 15, 390. ¿No podía Patroclo haber enviado un mensajero á Aquiles para darle cuenta de cuanto éste deseaba saber? que Polidamas no siga el consejo que él mismo da á Héctor (*Iliada* 12, 75. 15, 354, 447. 16, 367), puede hallar excusa en la natural debilidad de los hombres.

<sup>1)</sup> Véase el comienzo del Cap. IV.

<sup>2)</sup> Νυκτεγερσία y Δολωνεία.

<sup>3)</sup> *Schol. Venet.* á la *Iliada* 10, 1. Eustacio, p. 785, 41 edic. Rom. [Este libro, sin embargo, se atribuye también expresamente á Homero.]



sa irónica, toma poco á poco una expresión trágica y apasionada <sup>1)</sup>. Aunque este contraste se explica perfectamente si se tiene en cuenta cuál era el plan primitivo de la obra, puede, sin embargo, dudarse de si el principio del segundo libro, en que este tinte jovial y alegre es más marcado que en ningún otro lugar del poema, emana realmente de Homero, ó si, por el contrario, como es más verosímil, es obra de algún homérica de la época siguiente. Zeus se propone, en la parte mencionada de la epopeya, *engañar* á Agamemnon inspirándole en sueños ánimo para entrar en batalla; luego Agamemnon trata de inducir también á engaño á los Aquéos, persuadiéndolos de que está decidido á volver á su patria, mientras que arde en deseos de comenzar el combate y abriga la esperanza de vencer; los Griegos, sin embargo, á quienes sólo quiso poner á prueba á fin de animarlos á que comenzasen la lucha, burlan de nuevo su expectación, mostrándose muy gozosos de retirarse y de dejar contra la voluntad del Destino incólume á Troya; lo cual habrían hecho á no haberlo impedido Ulises que les detiene obedeciendo á una inspiración divina. Materiales son estos, como se ve, más á propósito para una *comedia mitológica*, matizada de delicada ironía y de una intriga encantadora, en la cual desempeñaría el papel principal Agamemnon, á un mismo tiempo engañador y engañado, porque creyendo inventar una mentira ingeniosa, pronuncia, sin sospecharlo, una verdad amarga cuando dice que «Zeus le ha jugado una mala pasada» <sup>2)</sup>. Pero es imposible que esta comedia que ocupa más de la mitad del segundo libro, entrase desde luego en el primitivo plan de la *Iliada*, porque Agamemnon, quejándose dos días después á los Griegos de haber sido engañado por Zeus en sus presentimientos de victoria, emplea en *serio* las mismas palabras de que él mismo se había servido cuando á su vez trataba de engañar á aquéllos <sup>3)</sup>; en efecto, sólo haciendo caso omiso de

<sup>1)</sup> [Nitzhorn, *op. cit.*, p. 222, trata de demostrar que tampoco en los cantos posteriores desapareció por completo el tono humorístico. No obstante no estuvo muy feliz en los ejemplos que cita, como la escena en el Olimpo entre Hera y Zeus en el libro 14, la del principio del 15, donde Zeus recuerda á su esposa cómo levantándola primero en sus brazos la dejó suspendida entre el cielo y la tierra con dos yunques atados á los pies, ó las palabras de Priamo á los Troyanos que le rodeaban, en el libro 24, 239.]

<sup>2)</sup> *Iliada* 2, 114; *νὺν δὲ κακὴν ἀπάτην βουλευέσθαι*.

<sup>3)</sup> *Iliada* 2; 111 á 118 y 139 á 141 correspondiente á *Iliada* 9, 18 á 28.

todas las leyes de la verosimilitud, puede creerse que el poeta presentara á Agamemnon como capaz de repetir seriamente una queja que él mismo acababa de inventar, sin echar de ver la contradicción flagrante que aparece entre ésta y su anterior opinión. Es, pues, evidente, que el pasaje serio y más breve no trae su origen del más cómico y más largo, sino que éste es, por el contrario, una parodia de aquél compuesta por algún homérica posterior é intercalada en el texto en reemplazo de una descripción original más concisa del armamento de los Griegos.

Pero ninguna parte de la *Iliada* ofrece contradicciones tan manifiestas con el resto del poema, como el *catálogo de las naves* ya mencionado. Ya muchos de sus pasajes despertaron las dudas de los antiguos críticos, como, por ejemplo, la reunión de las naves de Atenas con las de Ajax, evidentemente intercalada para favorecer á las familias atenienses de los Eurisácidas y Filaidas, que se decían descendientes de Ajax; y la derrota de los *Panhelenos*, vencidos, contra la invariable costumbre de Homero, en el manejo de la lanza por Ajax el locrio. Pero son aún más importantes las contradicciones histórico-legendarias que existen entre el catálogo y la *Iliada*: *Meges*, hijo de Fileo y rey de Dulichion según el catálogo, es en la *Iliada* <sup>1)</sup> rey de los Epeos y habita en Elis. El catálogo sigue en este punto la tradición generalmente admitida en aquella época y aún en épocas posteriores <sup>2)</sup>, según la cual Fileo, padre de Meges, había abandonado su patria á consecuencia de una reyerta que tuvo con su hermano Augeas; *Medon*, hijo natural de Oileo, que aparece en el catálogo como jefe de las tropas de Filoctetes, que venían de Metona, se convierte, por el contrario, en la *Iliada*, en jefe de los Ftios <sup>3)</sup>, habitantes de Filace, los cuales en el catálogo, son un pueblo completamente distinto, capitaneado por Podarces en lugar de Protesilao. Ante tan palpables y manifiestas contradicciones, ha de concederse también importancia no escasa á otros detalles que señalan diferencias esenciales entre las apreciaciones é ideas de los autores del episodio y del poema: según la *Iliada* Agamemnon tenía bajo su poder toda la Argólida, á partir de

<sup>1)</sup> *Iliada* 13, 692. 15, 519.

<sup>2)</sup> Calimaco en el Escolio á la *Iliada* 2, 629. Véase Teócrito 25, 55. [Sobre el catálogo de las naves véase T. Mommsen, *Philolog.*, vol. 5, p. 525.]

<sup>3)</sup> *Iliada* 13, 693. 15, 334.



Micene —esto es, la parte que linda con el Peloponeso—y muchas islas <sup>1)</sup>, en tanto que el catálogo no le asigna ninguna isla dándole en cambio á Egialeía, la cual no llegó á ser aquéa hasta después de la expulsión de los Jonios <sup>2)</sup>. Respecto á los Beocios, los autores del catálogo olvidaron, sin duda, que en la época de la guerra de Troya habitaban la Tesalia, pues presentan á la nación entera, como ya establecida en la comarca que después recibió el nombre de Beocia <sup>3)</sup>. En la *Iliada* no se hace mención alguna de héroes ni de guerreros que procedentes de la orilla oriental del mar Egeo ni de las islas del Asia Menor fueran á unirse al ejército aquéo, ni de los héroes de Cos, Fidipo y Antifo, ni del hermoso Nireo de Sime; ni dice que Tlepolemo viniese de Rodas, sino que se limita á llamarle hijo de Heracles, de lo cual puede inferirse que pasaba á los ojos del autor de la *Iliada* por un héroe de Tirinto. La interminable lista de nombres de islas de la costa del Asia Menor que figura en el catálogo, destruye la belleza y unidad del cuadro de las naciones beligerantes trazado en la *Iliada*, en la cual todos los aliados de Troya proceden del Norte y del Este del mar Egeo, al paso que los guerreros aquéos, por el contrario, vienen del Oeste <sup>4)</sup>. Es digno también de tenerse en cuenta, que según el catálogo, los Arcadios, á las órdenes de Agapenor, los Perreos (2, 749) y los Magnetos (2, 756) combatieron al pie de los muros de Troya, mientras que la *Iliada*, siguiendo una tradición más verídica, no coloca entre las filas aquéas á los pueblos de raza pelásgica; y sabido es que de entre todos los Griegos, los Arcadios y los Perreos fueron precisamente los que por más tiempo permanecieron fieles á su origen pelásgico.

Pero si la enumeración de las tropas aquéas parece demasia-

<sup>1)</sup> *Iliada* 2, 108.

<sup>2)</sup> El verso 572 del libro 2.º de la *Iliada*, en el cual Adrasto es llamado el primer rey de Sicione, confrontado con Heródoto (5, 67-68), muestra bien claramente la idea del rapsoda argivo.

<sup>3)</sup> Hay también en la *Iliada* un pasaje—si bien de poca importancia—que habla de Beocios en Beocia (*Iliada* 5, 709). Por esto, sin duda, admite Tucídides [1, 12] que un ἀποδαμνός de Beocios se había establecido entonces en Beocia, lo cual para el catálogo no es suficiente porque en él se habla de la nación entera.

<sup>4)</sup> El pasaje sobre los Rodios en el catálogo [*Iliada* 2, 653 y ss.] revela, merced á su extensión desmesurada, el propósito del rapsoda de celebrar esta isla. [Véase O. Müller, *Aeginetica*, p. 42 y *Orchomenos*, p. 367; p. 361 de la 2.ª edic.]

do detallada y como que rebasa los límites del plan primitivo, del poema homérico, no sucede lo mismo con el catálogo de los Troyanos y de sus aliados, que está muy lejos de responder á la idea que la *Iliada* misma da de las fuerzas troyanas; así, no se hace en él mención alguna de dos pueblos aliados importantes: los Caucones y los Lélegos, á menudo citados en el poema, sobre todo estos últimos, habitantes de la célebre ciudad de Pedaso á orillas del Satnioeis <sup>1)</sup>. Entre los príncipes omitidos en esta lista, se encuentra Asteropeo, jefe y héroe de los Peonios, quien, habiendo llegado once días antes del combate de Aquiles, y por consiguiente antes de la descripción hecha de este acontecimiento en el libro segundo <sup>2)</sup>, merecía haber sido mencionado con tanta razón por lo menos como Piremo <sup>3)</sup>; y por el contrario, encontramos en este catálogo otros nombres que habrían debido aparecer en la *Iliada*, y que, sin embargo, se les ha preterido <sup>4)</sup>. Pero además, tenemos una prueba concluyente de que el catálogo de los Troyanos es de una época relativamente moderna, y de que debió ser compuesto después del de los Aquéos. Esta prueba nos la proporciona el poema *La Cipriada*, que debió servir simplemente de introducción á la *Iliada* <sup>5)</sup>, y el cual ofrece al final—esto es, inmediatamente antes del comienzo de la acción que en la *Iliada* se desarrolla—una lista de los aliados de Troya <sup>6)</sup>; lista cuya existencia no tendría explicación racional, si cuando fué compuesta hubiera existido en el segundo libro de la *Iliada*, una enumeración completa de los pueblos que formaban los dos ejércitos beligerantes. Admitiendo ahora que este catálo-

<sup>1)</sup> Por lo que hace á los Caucones, véase la *Iliada* 10, 429. 20, 329. En cuanto á los Lélegos, *Iliada* 10, 429. 20, 96. 21, 86. Véase 6, 35. [Deimling, *die Leleger*, p. 11-12.]

<sup>2)</sup> *Iliada* 21, 155, y 12, 102. 17, 217, 351.

<sup>3)</sup> *Iliada* 2, 848. El autor de este catálogo debió tener tan solo presente el verso 287 del libro 16 de la *Iliada*. El escoliasta (*Iliada* 2, 844) puede en cierto modo ser tachado de poco escrupuloso por haber omitido á Ifidamas que era troyano, hijo de Antenor y de Teano y á quien su abuelo materno, príncipe tracio, dió una flota de doce naves. *Iliada* 11, 221.

<sup>4)</sup> Por ejemplo el adivino Ennomo que según el catálogo (*Iliada* 2, 861) fué muerto por Aquiles en el río, cuyo hecho no se menciona en la *Iliada*. Lo mismo sucede con Amfimaco, *Iliada* 2, 871. [No menos extraña es en el V. 609, la mención de Agapenor no citado en ninguna otra parte.]

<sup>5)</sup> Véase Cap. VI.

<sup>6)</sup> Καὶ κατάλογος τῶν τοῖς Τρωσὶ συμμαχούντων, Proclo, *Chrestomathia*, p. 476.